

Entrevista a Álvaro Pombo

Jesús Marchamalo

Sí es verdad eso que cuentan de él, que tiene un aire inconfundible de marino decimonónico. Un capitán de patache de aquellos que posan, impasibles, en el castillo de popa, con un impermeable empapado, una pipa y ojos vivarachos en medio de la tormenta.

En su casa, un cierto regusto a camarote: sillones orejeros, cojines, tapetes de punto, plantas –dos orquídeas blancas– sobre las mesas, libros y papeles ocupando el sofá. En las paredes, cuadros de barcos, y en las estanterías, libros y fotos: en una, saluda a los Príncipes, y en otra posa ante una bandera pirata, lo que podría considerarse un empate.

Nos sentamos alrededor de una mesa camilla, sobre la que hay dos membrillos, granadas y un par de limas de color otoñal indefinible. Al fondo, una chimenea. Habla de forma atropellada, saltando de un tema a otro, deja a medias las respuestas, se levanta, y coge un libro, y se sienta, y abre una ventana, y la cierra. Me fijo en que las pantallas de todas las lámparas están llenas de papeles sujetos con pinzas que le recuerdan deberes y citas ineludibles.

Dice que está constipado, y trae un pañuelo blanco en la mano, con el que juguetea. Por fin se sienta, y empezamos.

—En sus entrevistas siempre aparece algún gato, que salta, que se pasea majestuoso, que ronronea o se enreda entre las piernas de las visitas, pero recuerdo que la otra vez que estuve en su casa tenía una gata que me arañó.

—Se murió, la pobre. Siempre suelo tener gatos, ahora no tengo y en cierto modo es mejor porque un gato da trabajo. Son muy confortables y agradables, pero dan trabajo, casi tanto como un niño. A un gato hay que cuidarlo y estar pendiente, no se puede uno ir de viaje. En fin.

—He leído que María Zambrano llegó a tener dieciséis, y que la denunciaban las vecinas constantemente, y tenía que irse de las casas.

—Tenía miles, sí. Por lo visto los recogían por la calle ella y su hermana. Y es que los gatitos son graciosos y zalameros, e iría allí al Foro, en Roma, o donde fuese, a echarles comida, y se le frotarían en las piernas, y claro. Pero dieciséis gatos es una locura, tres gatos es una locura también.

—*Su biografía dice que nace en Santander, en 1939.*

—Si, nací en Santander, y me crié en una casa de la que hablo en *El héroe de las mansardas de Mansard*. Allí está todo mucho mejor contado de lo que pueda hacerlo ahora. Era una casa construida por un arquitecto francés, con los famosos techos parisinos abuhardillados, las mansardas, de las que después saqué el título del libro. Y allí viví hasta los 15 años.

—*Sé que no le gusta que los escritores hablen de sí mismos, y que específicamente no le gusta nada hablar de usted, pero algo tendremos que contar de su infancia. ¿Qué recuerda?*

—Fue una infancia divertida, normal. Y sí, es verdad que no soy amigo de hacer grandes confesiones, de manera que voy a decir lo que he dicho doscientas veces, no esperes ninguna novedad porque, además, no creo en las novedades autobiográficas, más bien las detesto. No creo en los comentarios sobre otros autores, ni los comentarios sobre mi propia vida, pero bueno.

—*Se licencia en filosofía, da clases en un colegio, y se marcha a Londres, de donde vuelve con su primer libro.*

—No, eso no es exactamente así. El primer libro lo publico en el año 73, pagándome yo la edición. Se titula *Protocolos* y es un librito de poemas que edito con Don José Ruiz Castillo, una editorial entonces muy prestigiosa. Castillo fue el editor de toda la generación del 98, un tipo muy divertido, muy castizo, que hizo también la edición de la primera traducción de Freud al castellano, y con él publiqué mi primer libro, que pagué yo.

—*¿Por qué decidió pagarse la edición?*

—Pues porque no se me ocurría otra manera de publicarlo. Me puso un prólogo Luis Felipe Vivanco, que había sido profesor mío, y tenía

treinta mil pesetas en aquel momento. Yo estaba muy desconectado entonces de la vida literaria madrileña y así he seguido todo el tiempo. Sí recuerdo, fíjate, que le envié un ejemplar a Bousoño.

—*¿Y qué le dijo?*

—*¿Bousoño? Pues no sé, ahora le veo mucho en la Academia, me parece que entonces me contestó con una carta, muy amable, creo recordar. Hace mucho tiempo.*

—*¿Y tuvo alguna repercusión, se vendió bien?*

—No se vendió nada. Hicieron una edición de mil doscientos ejemplares, y yo me debí de quedar con mil. Por ahí debe haber todavía alguna caja, he ido dando y regalando a lo largo de los años, pero todavía me quedan algunos tochos de ellos. Yo en aquel momento tenía ya 33 ó 34 años, de modo que era mayor, yo me consideraba muy mayor entonces, y eran escritos que tenía guardados desde los 24 años, y que de pronto decidí publicar, osea que tampoco tenía muchas esperanzas depositadas en el libro.

—*Todo esto ocurre viviendo en Inglaterra.*

—Sí, en Inglaterra pasé once años, desde 1966. En el año 74 terminé mis estudios de Filosofía en el Birkbeck College, y me coloqué de telefonista en una filial del banco Urquijo, el mejor empleo que he tenido en Inglaterra nunca. Porque yo no estuve en ninguna Oxford ni en ningún sitio, sino trabajando de telefonista, y tengo una visión de Inglaterra desde el punto de vista de un telefonista.

—*Y allí, en el puesto de telefonista, es donde comienza a escribir, como Faulkner encima de la carretilla, ¿no?*

—Bueno, sí. Pasaba muchas horas allí sentado; entrábamos a las nueve y hacía una hora extra, hasta las seis, con un rato para comer. Eran muchísimas horas sentado el teléfono, y fui escribiendo un libro que luego se titularía *Relatos sobre la falta de sustancia*. Con ese libro vine a Madrid, y se me ocurrió hablar con Aranguren, a quien también

conocía de la Universidad, y que me recomendó visitar a Benet. Así que le llamé por teléfono y fui a verle a Pisuerga siete. Y Benet me puso en contacto con Rosa Regás y gracias a esa conexión pude publicar el libro en 1977. Un libro que me hizo muchísima ilusión. Siempre cuento que Rosa Regás me llevó un ejemplar, recién salido de la imprenta, de color azul y plata, y lo recuerdo, ya digo, con muchísima ilusión. Tenía, déjame calcular, 49, 59, 69... son treinta... treinta y ocho años. Es decir, que era una persona mayor cuando publico mi primer libro en serio. Y fue importantísimo el empujón que me dieron Benet y Regas porque si no, no sé qué hubiera pasado, porque es realmente desagradable tener libros y no poder publicarlos.

—*Me estoy fijando en que tiene toda la estantería llena de premios, toda su carrera está jalonada de ellos.*

—Bueno, ése que tengo ahí arriba es el Premio Lara de los editores que me dieron en el año 2001, y que se considera un buen premio, aunque no comportaba dinero. Más abajo tengo el Herralde, y en papelotes tengo el Premio Nacional, y el de la Crítica, y el Premio Fastenrath de la Real Academia. Sí, la verdad es que he tenido mucha suerte con los premios...

—*Volviendo a Benet ¿qué recuerda de él?*

—Benet era una persona fascinante, y yo le tuve mucho afecto. Nos hicimos muy buenos amigos a partir de esa visita a su casa y seguimos siéndolo durante unos años hasta que vine a España a vivir. La verdad es que los escritores somos muy nuestros, o muy suyos, o como quieras, y nos distanciamos, no sé muy bien por qué. Tal vez porque yo no soy persona de tertulias, y él era mucho de eso. De todas maneras, tengo un libro, que se titula *Alrededores*, donde se recogen artículos de prensa en los que hablo de muchos escritores, y ahí hice un retrato de él, aunque no me acuerdo de nada de lo que cuento. Se me olvida todo lo que escribo, no sé que me pasa pero se me olvida muchísimo...

—*¿Se relee alguna vez?*

—No, me releo poco. Me voy a releer en este momento, ahora mismo, para ver lo que escribí de Benet, a ver... Mira, decía esto: «Benet